

EL IMPERIO ROMANO

Y

FRANCISCO JOSÉ DE AUSTRIA.

La visita que el emperador Francisco José, se propone hacer al rey Víctor-Manuel, nos recuerda una circunstancia—que la secta se empeña en relegar al olvido, y que, por lo mismo, deben los católicos tenerla muy presente—; nos recuerda, digo, que el Imperio Romano ya no existe; ni de derecho, ni de hecho.

Esta formidable abdicación fué consumada, en el orden moral, por José II, afiliado y protector de la Masonería. Dios tomó en cuenta esa renuncia voluntaria, al derecho de defender su santo Nombre, y su santa ley, en la tierra; é hizo surgir á Napoleón I, que vengó á Cristo en los descendientes de José II; dió á ese nuevo protector y gran organizador de la Masonería, la fuerza necesaria para imponer á Francisco II, emperador de los romanos, la abdicación de tan importante cargo.

El 6 de Agosto 1806, Francisco II declaraba á las potencias, que el oficio y dignidad de Emperador de los romanos, se extinguían en él; y que renunciaba, hasta al nombre, que le habían dado los electores, recibido en presencia del Nuncio, y confirmado por el Papa, para tomar otro nuevo, el de Francisco I, emperador de Austria.

El tratado de Viena no restableció el elevado cargo de gran justiciero de Dios; Francisco I, nada hizo por reconquistarle. Así, pues, no le quedaba á la Iglesia otro partido, que tomar acta de esta horrible defeción; pero, al contrario de lo que tantas ve-

ces había acontecido, cuando estaba vacante el imperio, la Iglesia ordenó, esta vez, que se suprimiera en la liturgia todo lo que tenía relación con el Imperio Romano.

En el lenguaje católico, esta desaparición del Imperio Romano tiene una significación formidable; pero el crimen de nuestros tiempos—crimen que justifica las venganzas de Dios—consiste, en que la gran mayoría de los fieles, no comprende ese lenguaje, y, además, pocas veces se le recuerda.

Nardi, que comprende perfectamente el lenguaje cristiano, en la primera mitad de este siglo, en un libro intitulado: *Deli: epoca nostra*, escribió el siguiente pasaje:

«O la palabra *discessio* de las Santas Escrituras, no tiene significación alguna,—y afirmarlo, sería una blasfemia,—ó bien tiene estos dos clarísimos sentidos: el de apostasia, y el de la caída del Imperio; aunque mejor sería, atribuirle ambos sentidos, al mismo tiempo, como lo hacen los Santos Padres. Esta doble significación, va realizándose á nuestra vista de un modo tal, que dispa cuantas dudas pudieran abrigar aquellos á quienes Dios, por su misericordia, concede que, para su gobierno y salvación, entiendan los misterios del tiempo presente. La caída del Imperio, y la apostasia, son señales inmediatas, ó moralmente enlazadas, con la venida del Anticristo. Los que consulten á los Padres é intérpretes sagrados, no podrán, por cierto, desmentirme, sobre este punto.»

En efecto; bástanos suspender, por un instante, el estudio interesantísimo de los debates de las Cámaras, de la crónica local y de los artículos de fondo, con que los periódicos revolucionarios tratan de estrecharnos, para convencernos, de que el lenguaje cristiano, sobre esta grave cuestión, es precisamente el mismo, que Mons. Nardi nos recuerda.

Oigamos á S. Ireneo, que, en su libro de las *Heregias*, nos explica, lo que el demonio se propone con los esfuerzos que hace, para seducir al género humano. La mentira, dice, con la cual el demonio trata de seducir á los hombres, consiste en sostener, que él es el dueño de los reinos, y que de él, y no de Dios, dimana el poder de gobernar. Hé ahí lo que ya dijo á Jesucristo, y lo que no cesa de repetir á cada uno de nosotros, para sustraernos á la obediencia, del poder legítimo, que viene de Dios, y, de ese modo, consumir la apostasia. Pero no completará su obra, sino, bajo el reinado del Anticristo. (C. XXV, n. 1.) Y cuándo vendrá el Anticristo? «Vendrá sin duda, responde S. Ireneo, cuando desaparezca el Imperio Romano.» (C. XXV, n. 3.)

San Cirilo de Jerusalem, dice, también, que el Anticristo se presentará, cuando el Imperio Romano haya desaparecido; y en la descripción de los tiempos anticristianos, nos ofrece sorprendentes comparaciones con los tiempos actuales. Jesucristo, dice, descenderá del cielo, y no vendrá de la tierra, porque, en esos días, la tierra vomitará en gran número los Anticristos: serán muchos los que dirán: yo soy el Cristo, y después de su aparición, vendrá esa abominación desoladora, que usurpará en vano, el nombre de Cristo. (CAT., IV, n. 5.) Y, en otra parte, nos pinta la apostasia característica de la época final. «Mírese la sociedad actual de este espejo: la apostasia no se presentará descubierta, sino oculta: muchos se tendrán, y hasta se llamarán cristianos, pero no lo serán: conservarán exteriormente la fe; pero, en su interior, carecerán absolutamente de ella. Hay, ha habido y habrá siempre herejes fuera de la Iglesia; pero, entonces, la Iglesia, es decir la asamblea de los bautizados, estará llena de herejes ocultos. (CAT., XV, n. 7.)»

En el capítulo 2 de la 2.ª Epístola de San Pablo, á los Tesalonicenses, se encuentra la palabra *discessio*, que Nardi ha recordado.

San Juan Crisóstomo, habla muy por extenso de este pasaje. ¿Qué causa detiene al Anticristo? se pregunta. Hay quien opina que le detiene la gracia del Espíritu; otros sostienen, que le detiene el Imperio Romano; y á este último parecer me adhiero. Si S. Pablo hubiera querido hablar del espíritu, lo hubiera expresado; pero, por lo mismo, que aludia al Imperio Romano, tuvo que velar sus expresiones, y hablar enigmáticamente. Anunciar en aquellos tiempos, que ese vasto Imperio debía tener un término, hubiera sido exponerse á la muerte... así, pues, cuando el Imperio deje de existir, entonces vendrá el Anticristo. (Hom. §. *epis. á los Th.*)

No es necesario que hable de San Ambrosio, porque ya en otra ocasión, he recordado, que no solo afirma, que la destrucción del Imperio Romano debe preceder á la dominación del hijo del pecado, sino que, además, asegura, que vendrá él mismo á dar la libertad á los romanos, con la condición, empero, de que le adoren: *Veniet Antichristus reddita Romanis libertate tamen sub suo nomine*. Mas, bueno será citar aquí, lo que el santo doctor añade: Cuando se presente el Anticristo, se reconocerá en él, al jefe de todas las falsas divinidades, que en todo tiempo han sido adoradas. (COUN., §. ep. á los Thess. c. 11.)

Ese gran santo, me ofrece, en este lugar, una justificación, que me compensará de mis tristezas, en presencia de la incredulidad universal. Llegará, pues, el día, en que todos los buenos, rindiéndose á la evidencia, reconocerán, que los misterios del mundo pagano, y los de la Masonería actual, son idénticos, y ocultan el mismo culto: el culto de Satanás.

San Jerónimo da como señal de la aproximación del dominio universal del Anticristo, la disolución del Imperio Romano. «Si no viene la *discessio*, dice, palabra, que significa en griego *apostasia*; esto es, si los pueblos no se rebelan contra el Imperio Romano, el hombre del pecado, el hijo de perdición, el que todos los profetas han anunciado, no aparecerá: cuando se presente, será, por decirlo así, el demonio en persona; porque vendrá resuelto á arrastrar el mundo entero á la condenación: será lo contrario de Cristo; hé ahí, porque se llama *Anticristo*: querrá elevarse sobre Dios, y hacerse adorar como Dios, por todas las naciones: tratará de destruir todas las religiones: tendrá

el valor de presentarse en el templo de Jerusalén.—según unos—ó más bien, en medio de la Iglesia de Jesucristo, como yo creo, para colocarse en lugar de Cristo y del Hijo de Dios... Ahora, vosotros sabéis lo que le detiene. El Apóstol no ha querido decir claramente, que le detenia el Imperio Romano, porque los romanos de su tiempo, lo creían eterno. (Evisr. C. 4, 1, á *Algausa*.)»

San Agustín no se atreve, desde luego, á afirmarlo, como San Jerónimo: sin embargo, declara, que la opinión de los que consideran la existencia del Imperio, como el último baluarte, que retarda la venida del Anticristo, no es absurda. Pero, en seguida, y en el mismo lugar, donde trata de penetrar las expresiones de San Pablo, que hablan del misterio de iniquidad, no titubea en aplicarlas á los perversos y á los hipócritas, que, ya en tiempo de los apóstoles, infestaban la Iglesia; dice que el Apóstol de las naciones ha previsto, que su número iría aumentando, hasta formar el cuerpo ó pueblo del Anticristo; lo llama el misterio de iniquidad porque estaba destinado á obrar ocultamente. Cuando el Imperio Romano haya desaparecido, dice en conclusion, ese misterio se manifestará, y cumplirá públicamente, y no permanecerá por más tiempo oculto. (CITADO DE DROS, C. XIX).

El gran Pontífice San Gregorio, no es más que el que los demás Padres. En sus epístolas, y en sus libros, sobre Job, nos ha dejado indicaciones preciosas acerca de la época, que debe preceder al reinado del Anticristo; acerca de los trabajos de sus precursores, y de la persona misma de ese formidable tirano. Establece también, que la desaparición del Imperio Romano, será el principio de esa época fatal para el mundo. Habrá, entonces, dice, una multitud de enemigos de Dios y de la Iglesia, entre los que conservarán aún las prácticas exteriores cristianas; algunos de los cuales pretenderán ser más cristianos, que los verdaderos creyentes. El hijo de perdition, será precedido por un ejército de falsos cristianos, los unos, llenos de respeto humano, profiriendo la tolerancia, la conciliación, y una falsa política; los otros, desobediendo á toda autoridad divina y humana, moviéndose con sarcasmo de los fieles, de los misterios de la religión, y de los defensores de la verdad. (Job., 4. XIX-XXXII).

Podríase trazar un cuadro sorprendente de la época actual, hojeando todas las obras de ese santo Pontífice, y reproduciendo, palabra por palabra, todas las revelaciones que en ellas se encuentran, sobre la era Anticristiana. Pero esta empresa es superior á mis fuerzas, y á las del lector: Dios ha enviado ya al mundo un tremendo castigo: le retira sus luces; el hombre mundano—y ¿quien no lo es algun tanto en la atmósfera anticristiana en que vivimos?—á duras penas conoce la verdad: es preciso propinársela, poco á poco. Yo me propongo—en cuanto mis débiles fuerzas me lo permitan, puesto que el deber me lo exige, y la caridad me invita á ello—hacer la operación de la catarata á mis queridos hermanos, que me leen; pero con la condición, de que no abran los párpados, sino poco á poco, y de que el lector permanezca en la semi-obscuridad indispensable al éxito de la operación, hasta el tiempo en que, Dios mediante, le sea permitido abrir los ojos á la luz del pleno día.

Solo, pues, tomo de San Gregorio, las siguientes palabras: El Anticristo reclutará su gente, de entre los hombres más influyentes, los más sabios, los más ricos: en una palabra, los que pueden, con su ejemplo, arrastrar al mal á las masas; ellos pondrán con gusto manos á la obra, predicando por todo el mundo, que la época de las luces ha llegado por fin, y que la verdadera luz, consiste en apagar la luz del Evangelio; se dará el nombre de mentira, superstición, ignorancia, immoralidad, tinieblas, á cuanto Jesucristo ha enseñado. (Job., C. XXX, III, c. 25).

De estas citas,—y de otras muchas, que pudiera hacer, si necesario fuera—resulta, que el autor del libro: *Dell'epoca nostra*, nada ha dicho de nuevo: lo que en nuestros días hace, que todo eso sea casi ininteligible, es nuestra profunda ignorancia. Nosotros ya no conocemos, casi en todas las cuestiones, el lenguaje de la Iglesia, y preferimos el lenguaje de los periódicos, los discursos de las Cámaras y las sinuosidades de una polémica rastrera. Lo cual, evidentemente, no puede oponerse, como señal del tiempo, á las aserciones de Mons. Nardi, para debilitarlas en lo más mínimo.

La caída del imperio es un hecho histórico, y la apostasia es cosa palpable: se la ve en todas partes. Mons. Nardi se ha equivocado

en un solo punto: ha creído, que el Anticristo debía presentarse inmediatamente despues de la abdicacion de Francisco II. Ha creído, que el Anticristo era una sola persona, y la esperaba: no descubrió en él á la secta, y á la persona; el cuerpo, y la cabeza. Pero, ahora, la cuestion ha dado un paso decisivo. Yo he probado en mi historia de la secta anticristiana, que el inspi-rado de Palmos, tenia fija la vista en dos cosas, cuando nos hablaba misteriosamente de la venida del Anticristo, y que, dándole el número 666, lo aplicaba lo mismo á la Masonería—sociedad anticristiana, destinada á preparar las sendas á la grande rebelion del género humano contra Jesucristo—que al Anticristo en persona, el cual será un franc-mason poderosísimo, que se apoderará del poder universal con la ayuda de las Logias. Hé ahí, un espectáculo, que la secta nos ha dado ya—en menor escala—en la persona del Ven. Her. Napoléon.

¿Quién no se retra, viendo á un periódico político, literario y financiero, ocuparse del número 666 del Apocalipsis? ¿Quiere quien quiera; pero seanos permitido decir á los que se rian, que, conscientes ó inconscientes, pertenecen á la secta, y trabajan en interés de la misma. La Iglesia no se rie del Apocalipsis; sino que lo presenta á nuestra veneracion, como un libro, que contiene la palabra del Espíritu Santo: ella lo abre y lo pone á nuestra vista, y en él podemos leer lo que sigue: «Apocalypsi ó revelacion de Jesucristo, la cual, como hombre, ha recibido de Dios para descubrir á sus siervos cosas, que deben suceder pronto; y la ha manifestado á su Iglesia por medio de un Angel, enviado á Juan, siervo suyo, el cual ha dado testimonio de ser palabra de Dios, y testificacion de Jesucristo, todo cuanto ha visto. ¡Bienaventurado el que lee, y escucha las palabras de esta profecía: y observa las cosas escritas en ella! pues el tiempo de cumplirse está cerca.»

Nosotros no nos reímos de lo que Dios se digna revelar á los hombres; y la profecía comienza á realizarse en nuestra alma, porque somos dichosos con leerla, y con observar las cosas escritas en ella. Esas cosas nos comunican un valor y una penetracion que en vano pediríamos al juego de las instituciones constitucionales, y á los órganos más acreditados de la so-dicente opinion pública.

Con el auxilio de esas revelaciones, y de todas las indicaciones que los escritores sagrados, guiados por la Iglesia—la única depositaria de las verdades eternas—han sabido extraer, podemos, con toda seguridad, fijar la mirada en un porvenir tan sombrío. Nada nos turba, ni nada nos asombra: en los trastornos que presenciamos, vemos la justicia de Dios, y el cumplimiento de sus palabras. Nuestra fé nos sostiene; y los males con que el Señor nos castiga, son, para nosotros, un nuevo motivo de bendecir y adorar su Providencia.

La profecía se cumple al pié de la letra: la caída del Imperio Romano ha sido la señal de la pública irrupcion de la Masonería: su accion, limitada, primero, á la Inglaterra, con Cromwell, extendida, más tarde, á la Francia, con Felipe Igualdad, ha invadido, poco á poco, á todos los pueblos, y ha salido de sus antros para apoderarse de los Parlamentos, de los gabinetes, y de los tronos; el ministerio de iniquidad, que estaba oculto, desde tanto tiempo, se ha dejado ver en pleno día; la seduccion ha hecho grandísimos estragos; innumerables fieles se han separado de su madre. Los tiempos van preparándose, como lo habia anunciado San Hilario: «Cuando Jesucristo visite al mundo, por segunda vez, no encontrará á su esposa cubierta de flores, alegre, feliz, fecunda: la hallará desolada y agitada por los esfuerzos del Anticristo, y violentamente sacudida por las tempestades del siglo.» (Comm., *S. Math. C. XIV* mín. 14.) Y ¿qué más espantoso huracan pudiera imaginarse, que el que acaba de derribar de hecho al Papa, para reducirle al más humillante cautiverio! Y ese cautiverio es la obra de sus propios hijos, de hombres bautizados, que han conocido la verdad, y sin embargo, se complacen en desocharla.

El viaje de Francisco José á Italia, no es más que un episodio de esa gran epopeya de devastacion; pero no deja de ser instructivo. El emperador José II no ha querido empuñar la espada en defensa de la Iglesia, y Dios rompe su espada y su cetro. Prefirió tomar el partido de los Franc-masones, y los Franc-masones han devorado su herencia: el cardenal de Cesena le ha tomado la Lombardia, y le ha obligado á cederle Venecia, para cumplir la promesa hecha al guillotinado Orsini. José II, verdadero pro-fector de las Logias, hizo al Papa Pio VI, en

Viena, el recibimiento despreciable ó hipócrita que todo el mundo conoce: su último resplandor se ve condenado á devolver la visita al rey, que se gloria «de haber entregado la Ciudad Eterna al mundo moderno,» esto es, al mundo de las Logias. (*Proclama de Victor Manuel á los Romanos.*)

«Quiera el cielo, que esta terrible expiación sea útil á los pueblos; y que éstos, al fin, comprendan, que nadie puede sustraerse de la justicia del Eterno, y resueltos separarse de la secta! Solo á esta condicion, podremos invocar, y esperar con confianza, las misericordias de Dios: nada tengamos de comun con los enemigos de la Iglesia; ni lecturas, ni language, ni costumbres; y, sobre todo, no nos sonrrojemos nunca de Cristo, porque el que de él se souroja, pertenece al Anticristo.

El Hijo de perdition está al fin de la era, en que acabamos de entrar: pero las edades del mundo no se cuentan por la dei hombre. A nuestra generacion le importa muchísimo más conocer los peligros que la rodean, que no el día y año—todavía distinto—de la aparicion del último y más formidabile de todos los tiranos. Ahora bien; el peligro más inminente de la hora actual, es el de dejarse seducir por los innumerables artificios de la secta, y trabajar con ella, sin sospecharlo, en su obra anticristiana.

Cuando nos separemos de ella, firmemente decididos á vivir y morir, según la ley de Jesucristo, y en perfecta union de ideas y de sentimientos con su Vicario, el Eterno nos concederá el triunfo que tiene reservado á su Iglesia. Así nos lo anuncian los mismos escritores sagrados, como lo demostrará en un próximo artículo.

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence, 23 de Marzo 1875.*)

DOS IMPERIOS.

«Mas estas cosas fueron hechas en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciaron».

En estos términos se expresa San Pablo, dirigiéndose á los de Corinto. (Epíst. I, cap. X, vers. 6.) Mons. Martini, arzobispo de Florencia, comentando este texto, dice: Todos los hechos del pueblo hebreo eran como pinturas proféticas que anunciaban lo que habia de suceder á la Iglesia católica. «San Agustín, habia dicho: *Novum Testamentum in veteri latet et vetus in novo patet.* Pensamiento profundo, que habia de encontrar su aplicacion, no solo en las doctrinas, sino en los hechos. Por esto las palabras de Salomon: «Nada hay nuevo debajo del sol,» están perfectamente justificadas ante la historia.

El pueblo hebreo poseía una profecía análoga á la que citamos en nuestro artículo: *El Imperio romano y el emperador Francisco José.* San Pablo nos señaló los limites del tiempo designado para la venida del Anticristo; Jacob, al bendecir á sus hijos, determinó bien los limites del tiempo, dentro del que se verificaría la venida de Jesucristo. «El cetro no será arrebatado á Judá, hasta que venga el que ha de venir; y este será el esperado de las naciones.» (Génesis.)

Jacob anunció, que Cristo vendría á últimos del imperio de Judá; y San Pablo dijo en profecía, que el Anticristo vendrá á la caída del Imperio Romano. Uno y otro se sirven casi de la misma frase, se expresan de la manera velada, que es el carácter del language profético, porque en uno y otro caso, no deja la menor duda á las interpretaciones de la Iglesia.

Esta coincidencia,—ya tan merecedora de atencion—no debe limitarse aquí. Consignáremos otras varias. ¿Cómo terminó el reino de Judá fundado por David? El último descendiente del Rey—Profeta entrega acaso la espada á Jesucristo, ó á algún otro conquistador, á la sazón en que el Redentor aparece sobre la tierra? Las cosas no se realizan en un sentido tan literal. Mucho tiempo antes de la era cristiana, ya no existían los reyes de Judá: su raza se extinguió en la esclavitud; al dar cuenta del cautiverio de Babilonia, se habla todavía de Salatiel y de Zorobabel; pero cuando la nacion recobra su libertad y vuelve á Palestina, no se habla ya de los descendientes de David.

Desde entónces, ejercen el poder los reyes pontifices, y no queda ya medio alguno para reconocer su origen: el cautiverio habia diezmando de tal suerte las diferentes tribus,

que ya no formaron sino una, sometiéndose é incorporándose á la de Judá; de este modo quedaba cumplida la profecía de Jacob, pues la tribu de Judá era la que, en realidad, tenia mayor influencia en la cosa pública; únicamente habia variado la forma de gobierno, y si habia alli Imperio, no habia emperador.

La secta,—los hijos de Belial—que por un momento habian conmovido el trono de David, y levantado contra él la mano parricida de Absalon, en realidad, no habia sido domada sino por Salomon. Este gran rey la tuvo encerrada en sus sótanos, y la condenó á trabajar en la construccion del templo, el más bello monumento, que la mano del hombre ha levantado jamás al Criador. El templo de Salomon, del que se habla tantas veces en las Logias de nuestros tiempos, manifiesta el odio de la secta contra el príncipe de Israel; es un símbolo, que corresponde á una idea de venganza, é indica la gran satisfaccion, que los adeptos demuestran á su cabeza invisible, trabajando en la desaparicion de todos los cultos y de todas las iglesias, para reducir al mundo entero á una vasta Logia, no ya erigida al verdadero Dios, sino á la *gran víctima, que padece por la causa del género humano.* Léase: á Lucifer.

Después de la muerte de Salomon, todos los reyes de Judá tuvieron que luchar contra la secta; algunos cedieron, y no tardaron en venir los castigos de Dios. Si el Espíritu Santo no se hubiese dignado conservarnos el recuerdo, casi no daríamos crédito á todas las aberraciones de los israelitas. Un pueblo elegido, puesto bajo la Ley inmediata de su Dios, distinguido con el privilegio de numerosos profetas, que le anunciaron su palabra, asegurado por Dios de una proteccion completamente especial, con la única condicion, de que le reconociese por su Señor, y se alejase de los adoradores de Baal, este pueblo elegido, repito, no acierta jamás á resolverse á permanecerle fiel.

Ya es el príncipe el que peca; ya son los pueblos; pero el origen de todos esos males, el crimen que arma la mano vengadora de Dios, es siempre el mismo: la apostasia. Conocian al verdadero Dios, en las leyes que les habia dado; le conocian en sus castigos, y todavía le conocian en la hora de su arrependimiento y de su libertad; sin embargo, volvian siempre á las mismas aberraciones, á las mismas debilidades, á la misma rebelion.

Un fenómeno sorprendente encuentra su explicacion en las páginas, que nos lo refieren. *Hombres*, no procedentes de pais extranjero, sino que *surjieron en medio del pueblo*—de este modo los califica la Biblia,—comenzaban á enaltecer las maravillas de los demás pueblos; hablaban de progreso, de independencia, y de libertad, de civilización. No se proponia descaradamente á los israelitas, que abandonasen á Jehová, para adorar á Lucifer; no se les proponian muchas otras cosas; pero los resultados eran siempre los mismos; no se hablaba de Jehová, y se les encontraba á los pies de los idolos.

La paciencia de Dios, con respecto á los pueblos, tiene un limite. Después de extinguidos los reyes legítimos de Judea, el pueblo escogido ensayó casi todas las formas de gobierno, conservando, en verdad, cierta preeminencia á la tribu de Judá, ya en la eleccion de sus pontífices—reyes, ya en la designacion de los individuos del Sanhedrin, pero, en realidad, deslizando cada día más, bajo la dominacion más inmediata de la secta. Esta fué la que entregó la Palestina á Antiocho, y la entregó bajo los nombres convenidos—y en adelante muy conocidos—de civilización, progreso, independencia y libertad. Desde entónces, el castillo de San Angelo de la antigua Roma, fué ocupado por soldados extranjeros: el monte de Sion cayó en poder de Antiocho, sin necesidad de ataque; Jerusalem, donde el Epifanes contaba tantos adictos, entre los sectarios, le habia traicionado sus puertas. *¡Non servium! ¡Non servium!* habia exclamado el conquistador, repitiendo las palabras del padre comun de la secta; y todo el pueblo de Israel se postraba en su presencia. «No hay Dios! Sea este hombre nuestro Señor: ¡viva la independencia, y la libertad!»

De este modo terminó el reino de Judá, con una escandalosa negacion de Dios. No envió ya á los israelitas á expiar sus crímenes en Babilonia ó en Egipto; les dejó, que se corrompiesen entre sí—castigándolos por su ingratitude repugnante ó invencible con la santidad de sus mismos deseos impios y locos.

Pero habia, entre sus pueblos, algunos hombres casi fieles; en un principio, eran muy pocos, y guardaron silencio; desconcertados, sacudidos, agitados por el torbellino de la secta, si le necesitaba ponerse á prueba pa-

ra adquirir temple; también ellos, por otra parte, debían una expiación, y supieron sobre llevarla; pero en ellos, la expiación dió frutos de penitencia, mientras que en los demás dió por resultado el endurecimiento en la impiedad.

Toda esta pequeña fracción escogida de un pueblo, en otros tiempos escogido, reducida, en un principio, á una sola familia, la de Matatías, movió el corazón de Dios; la iniquidad general, la ingratitude más negra de todo un pueblo, no pudo contrabalancear la penitencia sincera y las lágrimas de algunos individuos. El Eterno permitió, que Matatías recomquistase el trono de Judá; pero la familia de Matatías era de la tribu de Levi. Fué una dinastía nueva; el reinado de Judá quedaba extinguido para siempre. Yo no invento cosa alguna; todo lo que aquí refiero, consta en los libros de los Macabeos, en el historiador Josefo, y en Calmet.

Si resumimos á grandes rasgos las diferentes fases de la caída del Imperio de Judá, veremos, ante todo, que los reyes cedieron, con vergonzosa complacencia, á las seducciones de la secta, sufrieron sus leyes, y, por fin, sucumbieron miserablemente, bajo el peso de las justas venganzas del Eterno; luego después, gobernó la tribu del Judá, primero, por los Pontífices, que conservaron la ley divina y humana, no sin dificultad, pero no sin gloria; por último, prevaleció la secta, se ostentó en público, decidí de la suerte del trono y de la Sede pontificia: conspiró, en union con los sectarios extranjeros, y, por fin, redujo todo un pueblo ocaído á hacerse esclavo de un conquistador, de ese Antiguo Efiganes, en quien los Padres, de comun acuerdo, han reconocido una de las más imponentes imágenes del último Anticristo. Esta sumisión del pueblo elegió al Infierno, se hizo en nombre de la independencia y de la libertad.

El lector habrá podido comprender los grandes puntos de semejanza, que existen, entre el reino de Judá, y el Imperio Romano.

Cuando José II, despreciando su espada de la bóveda de la Basílica de San Pedro, donde debía permanecer para la defensa de la Iglesia, iba á colgarla de un clavo de la gran Logia masónica de Viena, el Imperio Romano quedaba herido de muerte. La recomendación, que Tertuliano hacía á los cristianos de su tiempo, carecía ya de toda significación. «Tenemos nosotros, decía,

más poderosa razon, que todos los demás, para rogar á Dios, á fin de que sostenga al Imperio, pues sabemos, que es nuestra única garantía contra la venida tan temible del último Anticristo.» El vigilante acababa de formar causa comun con los salteadores; la Iglesia quedaba sin espada.

La Franc-masonería, que conspiraba con José II, contra Roma, siguió conspirando contra Roma y contra los sucesores de José II. Siempre se engalana con esos atavíos de programa. El Imperio Romano, desaparecido en 1806, da márgen á este estado de confusión, que hemos podido notar á la caída del precedente Imperio. Los Papas subsisten, y siguen haciendo frente á la tempestad. Aún considerándolo bajo el punto de vista humano, el gobierno de Roma es, entre todos, el que ofrece un espectáculo más consolador. No parece sino, que, desde este año, la Santa Sede comprende, que se resume en ella, todo lo que le queda al género humano para la defensa de sus derechos. La tutela de la cristandad, compartida durante un tan largo período de años, entre el cargo pastoral y la espada, está puesta en manos de una serie de augustos ancianos, desistidos de toda fuerza material. En esta forma se representan á nuestros ojos los Onías, Simeon, Eleazar, Manasés, los Pontífices, que sucedieron á los reyes de Israel.

Pío VI, Pío VII, Pío VIII, Leon XII, Gregorio XVI, Pío IX, luchan como héroes, como verdaderos campeones de Dios, contra la secta anticristiana; pero todos los poderosos de la tierra flaquean á su alrededor: hay trengnas, pero no hay paz en parte alguna: la Franc-masonería, saliendo de sus guardias, se precipita y esparrama por todas partes; se apodera del poder, y lo que es más aún, se apodera de las conciencias, y obra como dueña; clama, que va á derribar la pirámide social, y que el Vicario de Jesucristo, arrojado de la eminencia en que Dios le había puesto, quedará hundido en el polvo. Hoy por hoy, esto es un hecho.

¿Qué será del mundo cristiano? Lo que ha sido del mundo judío, pues nosotros somos el pueblo escogido de la nueva ley, y la historia de nuestro porvenir está escrita por entero en los Libros Santos, así en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento. El Apocalipsis confirma á San Pablo y á San Agustín, y nos repite lo que ellos nos dijeron: La Historia del pueblo hebreo es nuestra historia.

El Apocalipsis ha sido durante siglos enteros un libro sellado para todos, excepto para la Iglesia. Asistida por el Espíritu Santo, se ha inclinado ante los misterios de ese libro, y ha dicho: «Aquí está el pensamiento del Espíritu Santo.» Este pensamiento ¿cuál era? ¿cuál era la interpretación que había de darse á esta epopeya impenetrable? La Iglesia no lo sabía, pero obedecía al Espíritu Santo, y obrando de este modo, no tenía necesidad de saber nada.

El inspirato de Patmos, al principio de su revelación, nos da la clave del misterio, diciendo: «Bienaventurado el que lee las palabras de esta profecía; bienaventurados los que escuchan y guardan las cosas que están escritas, pues el tiempo está próximo.» Esta frase, ha dejado confusos á muchos intérpretes: ¿cómo pudo San Juan escribir, diez y nueve siglos ha, que el tiempo está próximo, si su vision se refiere, en todo ó en parte, al fin del mundo? Echábase de ver un contra-sentido en una frase, en la que el apóstol puso una significación profunda. Aquí anuncia, que las verdades históricas, contenidas en el Apocalipsis, no serán comprendidas, hasta que el tiempo de su realización estará próximo.

Y Dios no ha contradicho á su apóstol. En el siglo XVI, envió á San Vicente Ferrer; y todos los que prefieran buscar la verdad en el Breviario, antes que en el *Vigaro*, pueden leer en el Breviario Romano lo que la Iglesia dice de este gran Santo: «Elegido por Dios, para anunciarnos la proximidad de la última catástrofe del mundo.» El tiempo se aproximaba pues; era preciso, que los arcanos confiados por Jesucristo á San Juan, nos fuesen revelados.

En efecto; el revelador apareció en el siglo siguiente; fué Bartolomeo Holzhauser, el grande apóstol de Alemania. Cuando la Iglesia le decretó el título de Venerable, lo hizo—entre otras razones—porque en el reconocimiento al hombre, á quien Dios había concedido la luz necesaria para penetrar los misterios del Apocalipsis. Así se desprende del proceso de beatificación.

Tengo á la vista los escritos de este profeta. La historia de la Iglesia no ofrece misterio alguno para él; á su mirada, se le presenta clara y luminosa, desde su principio, hasta el término de su misión en este mundo. ¿Y qué dice ese hombre inspirado, nacido en 1613, de la situación del mundo y de

la Iglesia, á la caída del Imperio Romano, que ha ocurrido en 1806?

Ve á la Iglesia pasar por una larga serie de tribulaciones, porque el cuerpo de los fieles ha merecido este apóstrofe de Jesucristo: «Tienes el nombre de vivo, pero estás muerto.» ¡Oh! escribe: ¡cuán pocos hombres están verdaderamente vivos, y sirven al Señor su Dios, y sus amigos de su Cristo! El sentido de estas palabras es el siguiente: *Tienes el nombre de vivo, pero estás muerto* en la falsa doctrina: *estás muerto* en el ateísmo y en la falsa política; *estás muerto* en la hipocresía y en la justicia simulada; *estás muerto* en tus pecados ocultos, en el secreto de tus abominaciones; *estás muerto* en los deleites y en las delicias; *estás muerto* en la desenvoltura, la envidia y el orgullo; *estás muerto* en los pecados de la carne, en la ignorancia de los misterios y de las verdades necesarias para la salvación; *estás muerto*, en fin, en la irreligion y en el menosprecio de la palabra de Dios, pues se ha enfriado en tí toda caridad, que es la ÚNICA VERDADERA VIDA EN JESUCRISTO.» (Holzhauser, *Int. del Apoc.* trad. Weillert, v. 1, p. 163).

Después de esta era de tribulación, el Venerable ve surgir una nueva potencia cristiana, que viene á ocupar el lugar del Imperio Romano, exactamente del mismo modo, que el reinado de los Macabeos vino á continuar el reino de Judá. El Venerable no nos dice, si este nuevo monarca pertenecerá á la familia, que por largos años ocupó el alto puesto de los emperadores romanos; pero ahí está la historia del pueblo judío para probarnos, que pertenecerá á otra dinastía, lo cual nos lo indican, además, otras fuentes, designándonos un hombre de la familia de los Borbones para esta gran restauración del orden cristiano.

«La sexta edad de la Iglesia, escribe Holzhauser, comenzará por el monarca poderoso y el Pontífice Santo, y durará hasta la aparición del Anticristo. Esa edad será una edad de consuelo, en la que Dios consolará á su Iglesia santa de la aflicción y de las grandes tribulaciones, que habrá sobrellevado. Todas las naciones quedarán reducidas á la unidad de la fe católica. El sacerdocio florecerá más que nunca, y los hombres buscarán el reino de Dios y su justicia con vivísimo deseo. El Señor dará á la Iglesia buenos pastores. Los hombres vivirán en paz, cada cual en su viña y en sus campos.

Esta paz les será concedida, porque se habrán reconciliado con Dios. Vivirán á la sombra de las alas del monarca poderoso y de sus sucesores...

«Pues aún cuando en la quinta edad no vemos en todas partes, sino las calamidades más deplorables; mientras que la guerra lo devasta todo; los católicos son oprimidos por los hereges y los malos cristianos; la Iglesia y sus ministros son hechos tribunarios; los principados se descomponen; los monarcas son muertos ó rechazados por sus súbditos, y todos los hombres conspiran para erigir repúblicas; se realiza un cambio sorprendente por la mano del Omnipotente, tal como nadie puede humanamente imaginario. Ese monarca, que vendrá como enviado de Dios, destruirá de raíz las repúblicas, y empleará su celo en favor de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Todas las heregias serán relegadas al infierno. El imperio de los turcos será destruido, y ese monarca reinará en Oriente y en Occidente. Todos los pueblos vendrán y adorarán al Señor su Dios en la verdadera fe católica y romana. Florecerán en la tierra muchos santos y doctores. Los hombres amarán el juicio y la justicia. La paz reinará en todo el mundo, porque el poder divino alará á Santanas por muchos años; hasta que venga el hijo de perdition, que le desalará de nuevo.» (Tom. I, pág. 187 y 188).

Dejo al lector bajo la impresion de esta página tan llena de promesas. Solo me permito recordarle, que de todo el conjunto del libro, que acabo de citar, resulta, que esta resurreccion del mundo cristiano, esta gran restauracion futura de la sociedad, ya unida á una condicion formal: *Vivificar nuestra caridad, y reconciliarse con Dios.*

Pero nadie se forje ilusiones: todo esto no puede obtenerse sino comenzando por separarnos resultamente de la secta; y nadie se separe de lo que no conoce á fondo (1).

Téngase en cuenta, cuán sumidos están

(1) No necesitamos recomendar, nuevamente; á nuestros lectores, la importancia excepcional del *Comentario*; acerca de la célebre Interpretacion del Apocalypsi, del Venerable Bartolome Holzhauser; compuesto por Mr. Amadeo Nicolás; y que forma la base granítica de nuestro *trabajo enciclopédico*, sobre la *Revelacion de San Juan*.

todavía en el sueño los católicos, mecidos por la secta; y nadie extrañará, que todavía no despierte en el horizonte la aurora de la nueva era cristiana.

El gran monarca futuro tiene delante de sí algun tiempo.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 30 de Marzo 1875.)

ALEMANIA É ITALIA.

Nos escriben de Roma:

«Mucho ruido se hace con motivo de ciertas negociaciones, que se suponen haberse ya entablado, entre el imperio de Alemania y el Gobierno de Italia, para llegar á una inteligencia perfecta, é impedir al Soberano Pontífice, que llene los deberes de su cargo apostólico. Hasta se ha hablado de notas reciprocas; pero esto es inexacto. Todo se ha limitado á comunicaciones verbales. M. de Kendl pasó al palacio de la Consulta, y transmitió á M. Visconti-Venosta los deseos de su amo el canciller Bismark. M. Visconti escuchó al diplomático alemán con suma deferencia é interés, y le pidió tiempo para reflexionar; pero, en conclusion, su respuesta no ha sido cual la

Por poco, que hayan fijado su atencion en dicho *Comentario*, *concedrán*, con nosotros; en que está más, *mucho más cerca*; la crisis *política, religiosa y social*; y, por lo mismo; el advenimiento del poderoso monarca, y del santo Pontífice; anunciado por el piadoso Dean de Bingen; nuevo Vicente Ferrer, de Alemania: *Holzhauser* Creemos, que el primero y el segundo; se darán, pronto; á conocer... ay! cuando la tierra se haya visto arrebatar á Pio IX: á quien Dios reserva, sin duda; una especial corona, de Confesor y de Mártir; en el cielo.

N.

LA ENTREVISTA DE VENECIA.

I.

La alianza de los tres emperadores, digase cuanto se quiera acerca del particular, no es únicamente el resultado de simpatías personales; fundase esta alianza; ante todo, en intereses reciprocos, que los soberanos tratan de explotar en provecho de su política comun.

Hoy, por hoy, lo que antiguamente se llamaba equilibrio europeo, sostenido por las cinco grandes potencias, en la actualidad, lo está únicamente por la Alemania, el Austria y la Rusia; este equilibrio, empero, es, por cierto, muy incompleto y defectuoso, y no puede subsistir sino en tanto, que los tres soberanos se limiten á mediar simplemente en las cuestiones que surjan, sea, entre ellos mismos, sea enfrente de otras potencias.

Sentado este hecho capital, clave de la actual situacion de Europa, fácil es persuadirse, de que, en presencia de la alianza de los tres imperios, todo cuanto acontezca entre la Alemania, el Austria y la Italia, es cuestion secundaria.

En la triple alianza, el gabinete alemán ha desempeñado, con asentimiento de la Rusia y de la Austria-Hungria, el principal papel de mediador. El mismo gabinete es el encargado, por derecho de devolucion, poco tiempo hace, de arreglar las dificultades suscitadas á propósito de los principados danubianos. Nadie duda ya, de que Viena y San Petersburgo, conferirian todavía á Berlin el mismo encargo, si la Inglaterra ó la Francia hiciesen necesaria igual mediacion.

Pero el principal objeto, hoy día, de la alianza de los tres emperadores, es la cuestion religiosa, tanto por lo que mira á Oriente, como con relacion á Occidente; é importa mucho fijarse en este hecho, en visperas de la entrevista del emperador de Austria y del rey de Italia, so pena de no comprender, sino imperfectamente, la trascendencia de este acontecimiento.

Segun informes recibidos del extranjero, parece cierto, que los tres emperadores desearian resolver, en comun, el delicado

deseaba Bismark. Y hé aqui porqué la *Opinion* y la *Italia* han recibido la órden, de negar la supuesta existencia de notas escritas, y de precisar la política de Italia en la cuestion religiosa.

El artículo de la *Opinion* ha sido redactado al pie de la letra, en las oficinas del ministerio de negocios extranjerios; en ese artículo se reconoce, desde luego, el estilo de M. Arton, secretario de M. Visconti-Venosta. En cuanto á la *Italia*, órgano especial de la diplomacia, ha recibido la órden de mostrarse inflexible en el fondo de la cuestion, esto es: que la *ley de garantías* es una *ley de órden puramente interior*, destinada á regularizar la situacion de la *Santa Sede* en frente del *Estado italiano*. En punto á los Estados extranjerios, el Santo Padre queda lo mismo que antes de la ocupacion de Roma. Sin embargo (y aqui se descubre toda la malicia sectaria), si la *ley de garantías* pudiera crear conflictos, ó poner en peligro el *órden interior*, ó la *seguridad exterior*, el Gobierno italiano *sabría impedir*, que el territorio italiano se convirtiese en centro de intrigas ó de conspiraciones, sea contra las *leyes del Estado*, sea contra nuestros aliados.

En *causa venenum*. Esta reserva de M. Visconti-Venosta deja á M. de Bismark las vias expeditas para pedir, que el Papa sea expulsado de Roma, y aún exigir su extradicion, escoltado por gendarmes prusianos, como lo decia, con chiste, hace algunos dias, el *Fanfulla*. Para llegar á este resultado, bastará, con que M. de Bismark signifique al gobierno italiano, que el Papa conspira contra la Prusia, que el gran Canciller tiene pruebas de ello, y que debe ser creído sobre su palabra. La consecuencia natural será, que el Papa tendrá que abandonar á Roma, ó someter sus actos al *execuatur* del gobierno de Victor-Mannel.

Si; á este punto se llegará, antes de poco, y las potencias reconocerán entonces la necesidad, de que el Papa sea constituido en una posicion en realidad independiente, esto es, de que sea verdadero soberano en su casa.

(*Journal de Florence*, 17 de Marzo 1875.)

problema religioso, cuya solución consideran necesaria, en vista de las recientes manifestaciones del Vaticano.

Empero, esta solución, cualesquiera que ella sea; ¿será posible aplicarla, desde luego, ó bien tendrá que aplazarse hasta la futura elección de Papa? Negocio es este de detalle, para cuyo arreglo tendrán necesidad de muchas conferencias los gabinetes.

Otra cuestión se ofrece á la consideración del espectador europeo. Los intereses, que aproximan, hoy, á los tres emperadores; ¿son permanentes é idénticos, de tal manera, que la alianza sea sincera y firme, cualesquiera que sean los acontecimientos? Cuestión es esta de porvenir, y que está fuera del alcance de las preocupaciones diplomáticas del momento.

(Memorial diplomático, 27 de Marzo 1875).

II.

Aún cuando mi opinión difiera considerablemente del juicio del autor de la carta, que va á leerse, con todo, la doy á luz con el mayor gusto, no obstante la diferencia de nuestro respectivo modo de ver y juzgar, acerca de la entrevista de Venecia. He dicho ya, en el artículo, que lleva por título el *Imperio Romano*, lo que, en mi concepto, significa la entrevista del emperador de Austria con el rey de Italia, y lo que se propone con ella la divina Providencia, según nos es lícito penetrar sus secretos, y ateniéndonos al lenguaje de la Iglesia. Mi respetable corresponsal examina este acontecimiento, que conmueve á la diplomacia, como hombre político, y bajo el punto de vista puramente humano. Deseo sinceramente, que no se equivoque en sus apreciaciones; empero me permitirá, que yo tenga por más seguras las mías. Por lo demás, los hechos no tardarán en resolver la cuestión.

J. E. DE C.

Mi querido Director:

La anunciada entrevista de Venecia no es un mero paso de cortesía; nadie duda de que oculta un objeto político trascendental. Importa muy poco el saber, lo que pien-

san los Gobiernos, si es que acaso piensen algo. Pero es evidente á todas luces, que en vista de las pretensiones exorbitantes y de las amenazas de M. de Bismark, la situación de Victor-Manuel es insostenible. Para salir de ella, preciso es, que el rey de Italia busque algun apoyo en la Europa honrada y conservadora, esto es, en los pueblos cristianos, por medio de sus soberanos, ó de sus jefes.

Ahora bien; el soberano, que está más dispuesto á sacudir el yugo tiránico de la Prusia, es, sin contradicción, Francisco José. ¿Qué cosa más natural, pues, que Victor-Manuel se traslade á Venecia, para utilizar las disposiciones del emperador de Austria, y proporcionarse medios de resistencia? La unión con el Austria procuraría á la Italia la unión de la Francia, mantendría á la Suiza en respeto, excitaría las simpatías de Inglaterra por la causa del orden y de la paz, obtendría la neutralidad de la Rusia, y alimentaría en Bélgica, en Holanda y en la Dinamarca, en Suiza, y aun en Baviera, lo mismo que entre los hombres honrados de Europa y del mundo, la esperanza de un retroceso á la verdadera libertad cristiana.

En tal caso, ¿qué exigiría el emperador de Austria, por su alianza con Victor-Manuel? Acerca de este punto, creo útil guardar todavía un prudente silencio.

Empero; como quiera que sea, surge, de la actual situación del mundo, un hecho, que nos obliga á admirar las disposiciones de la Providencia; y, terminando, repetiré la frase de un personaje, cuya apreciación política merece todo mi respeto.

—«M. DE BISMARCK HA QUERIDO COALIGAR LA EUROPA CONTRA EL PAPA, Y HE AQUÍ, QUE LA POLÍTICA COALIGA LA EUROPA CONTRA M. DE BISMARCK!»

En punto á salvar al Papa de las manos de M. de Bismark y de la política, Dios proveerá, pues su poder es infinitamente superior á todos los poderes reunidos de la tierra. Aviso á la secta.

M. R.

(Journal de Florence, 28 de Marzo 1875).

III.

Nuestro honorable corresponsal M. R.,

cuya carta hemos insertado en nuestro número del 28 del mes próximo pasado, precedida de algunas consideraciones nuestras, ha tenido por conveniente escribirnos otra carta sobre el mismo asunto, y nos apresuramos á insertarla, asegurándole, de antemano, todas nuestras simpatías, y nuestra gratitud por esta segunda comunicación.

J. E. DE C.

Mi querido Director:

Mis apreciaciones, acerca del sentido político de la entrevista próxima de los soberanos en Venecia, las habéis publicado, aunque precedidas de algunas consideraciones vuestras: no me quejo de ello; estais en vuestro derecho, y hasta es vuestro deber. Sin embargo, me lisonjeo, de que me permitiréis insistir en mi juicio, aduciendo los argumentos en que lo fundo.

Ante todo, no he querido examinar este acontecimiento, que conmueve á la diplomacia, únicamente como hombre político, ni examinarlo á la luz de la pura razón, como vos lo suponéis.

Mucho más que imprudencia me parecería, separar, en estos momentos, sobre todo, de la Iglesia, la política, de lo divino, lo humano.

Por el contrario, yo considero el acontecimiento por el lado familiar á la polémica de vuestro periódico. Solo los mismos soberanos, sus ministros y sus funcionarios, todas personas de corta vista, están acostumbrados á achicar las cuestiones á la medida de su cuerpo. En punto á la secta, le hago el honor de creer, que penetrada del sobrenatural diabólico, tiene grandes aspiraciones y designios, sabe descargar golpes maestros, y lucha, en general, por algo más que fruslerías de gobierno: ella se las ha con Dios, con su Cristo, con la Iglesia, lo cual, preciso es confesarlo, la reviste de una horrible y formidabile grandeza.

En el incidente que ha motivado mi carta, *La entrevista de Venecia*, creo haber demostrado, que Francisco José, y Victor-Manuel, obedecen á un instinto político de conservación. Yo no he dicho, que se ocupasen, poco ni mucho, de salvar la Iglesia, ni de suavizar, siquiera, la situación del Padre Santo. Es sabido, que el emperador de Aus-

tria abriga excelentes sentimientos personales para con la Santa Sede, y para con el augusto cautivo del Vaticano; pero ha demostrado ya, que, en calidad de soberano, era impolente; y Victor-Manuel es... el rey de Italia, cuyo título le prohíbe soñar siquiera en ningún acto de reparación. Si quisiera él restituir al Papa los Estados de la Iglesia, debería empezar por renegar de su nuevo título, y, probablemente, renunciar á la corona.

Opino, como vos, amigo mío, que el fin del Sacro Imperio Romano, es un manifiesto indicio, de que la sociedad humana ha entrado ya en los principios de la última época del mundo. Así es, que estamos de acuerdo, acerca del grado de importancia que debe atribuirse á la entrevista de Venecia, que yo califico de mero incidente.

Pero me concederéis, así lo espero, el permiso de insistir en mi aserto, á saber, que, en el actual estado del mundo, y en vista de las amenazas y las exigencias exorbitantes del Canciller de Prusia, el soberano más directamente sometido á estas amenazas, busca sustraerse de ellas, uniéndose, de una parte, con el emperador de Austria, y de la otra, con la Europa honrada y conservadora. El paso del rey de Italia obedece á su propio interés, y el papel maravilloso de la Providencia consiste precisamente, en hacer servir este interés á los fines de Dios y de la Iglesia.

Os he citado una frase admirable, que no es mía:

«M. DE BISMARCK HA QUERIDO COALIGAR LA EUROPA CONTRA EL PAPA, Y HE AQUÍ, QUE LA POLÍTICA COALIGA LA EUROPA CONTRA M. DE BISMARCK.»

En esta frase está el secreto de la intervención misteriosa de la Providencia en los asuntos humanos, objeto constante de vuestras investigaciones.

Confieso de buen grado, que el Canciller prusiano se ofrece á nuestra vista con todo el carácter de la fuerza; pero, de una fuerza furiosa, que se propone conseguir un objeto satánico; que á imitación de Napoleón I, aunque menos grande, y, sobre todo, menos generoso, cree poder someter á su voluntad á los soberanos y á los gobiernos de Europa, que ha sometido ya, en cierta manera; confieso también, que el Canciller es el agente principal de la secta, cuyas aspiraciones y designios está encargado de realizar; y así-

mismo, de que él es el escogido para descargar los golpes del infierno contra Cristo.

Mas yo creo, con el Papa, que esta fuerza será, un día, muy pronto tal vez, abatida por la simbólica piedrecita, desprendida de la montaña. Todo el mundo recuérdela el magnífico discurso del Papa acerca de este asunto. Indudablemente, al leer este discurso el coloso de Berlín, ha debido convencerse de que tiene piés de barro.

El incidente de Venecia, ¿tiene la importancia que yo le he atribuido? ¿serán sus consecuencias las que he previsto? Lo ignoro; veo solamente, que en Inglaterra, en Francia, en Alemania mismo, los órganos más autorizados, empiezan á entrever la posibilidad de una alianza de Victor-Manuel con Francisco José. Pudiera yo aquí hacer algunas citas en apoyo de mi opinión, pero llenaría un espacio que puede servir para asuntos más importantes.

Me limito, pues, á trasladar dos caricaturas, que me han llamado la atención, en un periódico salitrero.

La primera caricatura es la siguiente: el Papa y Bismark están representados por dos gladiadores á la manera antigua, y Bismark es derribado por el Papa.

La segunda, muestra á Bismark en actitud de querer detener á una locomotora lanzada á todo vapor: esta locomotora es la Iglesia, y Bismark queda destrozado.

El lápiz tiene el privilegio de decir á los ojos lacónicamente, lo que, para explicado, exigiría del escritor largos artículos.

Adios, mi querido Director, tengamos valor, y no olvidemos, que, á despecho de todas las potestades del infierno, la Iglesia triunfará. Cuanto más terribles sean las contradicciones, más prontas y decisivas serán las victorias divinas.

Son necesarias las sombras, para que la luz brille más á los ojos de los hombres.

M. R.

(Journal de Florence, 1.º de Abril 1875.)

LA LINTERNA.

Nos escriben de Roma:

La *Lanterne*, ese infame periódico, que ha reaparecido á la luz pública, para baldon de la tan ponderada civilización moderna, se está pregonando á voz en grito por las calles de Roma, á 75 céntimos el número, y á 50 por las de Ginebra. Bien pudieran llamarse á engaño, cuantos lo compran, si su intención, en lo general, fuera recta, puesto que, prescindiendo de la calidad, que nada vale, la cantidad es muy inferior á la de los impresos volantes, que se expendían á 5 céntimos. Una particularidad salta á la vista, desde luego, y es; que el autor, que trata á amigos y á enemigos de *fulleros*, aparece serlo él mucho más que sus entusiastas admiradores, ya que empieza por negarse á sí mismo, pues, siendo su verdadero nombre: Enrique de Rochefort, escribe y se firma: Enrique Rochefort, esto es, suprimido el *de*, con la mira, sin duda de democratizarse, y tal vez, con la de evitar que, algun día, este *de* le valiera... la linterna, cuyas excelencias tanto encarece para procurarla á los demás. Al enbolar otra vez su enseña, se ve, que no trata de divertirse solamente con un juego de meras palabras, nó: su linterna es algo más; es una promesa, un anuncio siniestro de la próxima restauración de la horrible linterna, en la cual se ahorcaba tan sencillamente en 1793.

No nos ocupáramos de la *Lanterne*, ni del petrolero Rochefort, sino hubiéramos visto en el número del 13 de febrero, locas eculubraciones en loor de Garibaldi, unidas á sacrilegos insultos contra el Papa. Ahora es ya cosa corriente para todos los regeneradores de la libertad; no aciertan á entu-

siarse por el *héroe*, sin ultrajar al Papa; no puede ir lo uno, sin lo otro.

La *Lanterne* pondera la rectificación del cáuce del Tiber, y el saneamiento del *Agro-Romano*. Según Rochefort, Garibaldi no hubiera libertado á su país, si tuviese que dejarlo en el deplorable estado en que lo mantiene la monarquía. Los *embrutecidos* únicamente son los que pueden imaginar, que el *héroe* emprendió su expedición de los *Mil*, sin otra mira que la de derribar simplemente al rey de Nápoles. Cuando concibió dicha expedición, ya tenía en la mente todas las mejoras de que es susceptible la Italia, y, muy especialmente le preocupaba la idea del Tiber y del *Agro-Romano*.

El Tiber y el *Agro-Romano* son, con respecto á Italia, lo que la instrucción obligatoria y gratuita es con respecto á Francia.

De suerte, que todo el mundo ha sido trastornado, todos los principios de derecho han sido pisoteados, porque era preciso desviar el Tiber, y cultivar esa cintura terrible y magestuosa de Roma, en la cual reina la fiebre paludeana, y que se llama el *Agro-Romano*.

Confieso, que consideradas así las cosas, la empresa de la revolución ha sido regular. Ahora falta saber, si Garibaldi opina lo mismo que Rochefort. En cualquier caso, siendo insensato el plan que se había propuesto, y debiendo necesariamente abortar, el papel del *héroe*, sus grandes algaradas patrióticas, y militares, no dejan de ser pueriles y ridículas.

Hé aquí, pues, lo que ha ganado Garibaldi: su elogio pomposo ha quedado reducido á nada.

Hé aquí, ahora, lo que ha ganado el Papa: me limito á citar: